



Fernando Bruquetas
Manuel Lobo

Don Carlos

Príncipe de las Españas

CÁTEDRA

Fernando Bruquetas
Manuel Lobo

DON CARLOS

PRÍNCIPE DE LAS ESPAÑAS

Índice

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO. LA FAMILIA

- Los antecesores de don Carlos
- El matrimonio de los padres
- El nacimiento del príncipe

CAPÍTULO II. LA SALUD DEL PRÍNCIPE

- La salud en la infancia
- La estancia en Aranda de Duero
- Versiones sobre la enfermedad en Aranda
- Primeros paseos y visita a Peñaranda
- Primeros ejercicios al aire libre
- Recaída del infante y cambio de residencia
- La visita del emperador
- La salud en la adolescencia de don Carlos
- El regreso de Felipe II
- El cambio de residencia a Alcalá
- El trágico accidente de Alcalá
- Respuestas literarias
- Nuevos accesos febriles

CAPÍTULO III. LA EDUCACIÓN DEL PRÍNCIPE DE LAS ESPAÑAS

- La primera Casa del infante
- Los primeros pasos educativos
- Antonio de Rojas
- Honorato Juan
- García de Toledo y la educación de príncipes
- La etapa educativa de Alcalá
- La biblioteca del príncipe

CAPÍTULO IV. LA CASA DEL PRÍNCIPE

- La Casa de Borgoña

Una Casa para un príncipe
Los cargos de la Casa del príncipe
Dependencias y componentes de la Casa

CAPÍTULO V. CARÁCTER Y GUSTOS

Carácter

Gustos

CAPÍTULO VI. LAS ASPIRANTES AL MATRIMONIO Y LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Isabel de Valois

Ana de Austria

Margarita de Valois

María Estuardo

Juana de Austria

CAPÍTULO VII. AMIGOS Y AMISTADES PELIGROSAS

El círculo familiar y aristocrático

Los años de juventud

Servidores de palacio

Relaciones leales

Ayudas a los monasterios, doctos y hospitales

Amigos entre el servicio y otras necesidades

Ayudas para el casamiento

Donaciones graciosas

Ayudas a los enfermos

Diego de Chaves y la limosna general

La pérdida del toisón y otros secretos

Los amigos de los amigos

Catalina de Cardona

Las amistades femeninas

El caso de Francisca de Salinas

Mujeres en soledad

Amistades peligrosas: locos y hombres de placer

CAPÍTULO VIII. CARGOS Y HONORES

Las Cortes y los juramentos de don Carlos

El Consejo de Estado

Aspiración al gobierno de Flandes
El Mediterráneo

CAPÍTULO IX. RELACIÓN DE DON CARLOS CON LOS ARTISTAS Y
PINTORES

Pintores

Alonso Sánchez Coello

Sofonisba Anguissola

Pablo Ortiz

Otras obras pictóricas

Escultores

Clemente Virago

Jácome de Trezo

Juan Bautista Bonanone

Pompeo Leoni

Esculturas

Otras obras artísticas

Relojeros

Juanelo Turriano

Louis de Foix o Luis Dufois

Maese Martín Altman

Otros artistas

CAPÍTULO X. LA CORRESPONDENCIA

El Mediterráneo

Recomendaciones y ayudas

Deudas y negocios

Otros asuntos

CAPÍTULO XI. DON CARLOS Y LOS PRESTAMISTAS

Cristóbal Herman. Los Fúcar

Los banqueros italianos

Los banqueros castellanos

CAPÍTULO XII. PRISIÓN Y MUERTE

Prisión

Repercusión internacional

La muerte del príncipe

Exequias en Madrid

Funerales en el extranjero

Testamentos

Honras postreras

Repercusiones literarias tras la muerte del príncipe

CAPÍTULO XIII. LOS BIENES Y ALMONEDA DE DON CARLOS

Bienes y acreedores

Almoneda

Destino de la subasta

BIBLIOGRAFÍA

ILUSTRACIONES

CRÉDITOS

*A Isabel Aguirre Landa,
por brindarnos su amistad, facilitar gran parte de la documenta-
ción
y hacer posible este libro*

Introducción

La figura de don Carlos, príncipe de las Españas, malgrado hijo de Felipe II, ha sido muy mal tratada por la historia, y en la actualidad prevalece y la incertidumbre sobre su comportamiento, en el sentido de si este fue correcto y justo o por el contrario desatinado e indigno. En ocasiones se le ha presentado como a un loco, incapaz de suscitar otro sentimiento que un feo e intencionado desdén, cuando no ha sido objeto de insulto y abiertamente se le ha calumniado; aunque alguna vez se le convirtió en héroe y protagonista trágico de una ópera que jamás se imaginó interpretar. En todos los casos, la personalidad de don Carlos aparece desfigurada por la opinión de unos autores que se han acercado al príncipe en busca de un ser distinto al resto de los humanos, al que han concebido producto de la leyenda, sujeto a la monstruosidad o consecuencia de la maldición.

Al igual que Heródoto confesaba que las guerras de los persas y los griegos las conocía por su indagación y Tucídides hizo lo propio sobre la Guerra del Peloponeso, esta historia recoge una investigación basada en documentos, recuentos y evidencias procedentes de fuentes fiables. Así como Aristóteles estableció la distinción entre poesía e historia, subrayando que mientras que el historiador relata lo que ha ocurrido, el poeta lo hace de lo que puede ocurrir, pues la poesía trata de verdades generales, y la historia, de sucesos específicos, aquí se ha seguido la pauta historiográfica de investigación académica, basada en el contraste y cruce de las fuentes, el análisis de documentos y el cotejo de la bibliografía publicada sobre el tema. Todo ello para llegar a conocer en toda su dimensión la figura del heredero-

ro de Felipe II. La idea que subyace en este trabajo es «comprender» y no «juzgar», tal como enseñaron Marc Bloch y Lucien Febvre, fundadores de la escuela de los Annales en los años treinta del siglo XX.

Si el caso singular del príncipe don Carlos se hubiera producido en la actualidad, el dictamen clínico habría sido muy distinto. Es probable que hoy el príncipe fuera diagnosticado como un niño aquejado de alguna especie de trastorno del espectro o psicopatía autista, como pudiera ser el síndrome de Asperger, pues son muchos los testimonios que revelan síntomas de esta patología (escasa socialización y comunicación, lateralidad, referirse a sí mismo en tercera persona, comportamiento impulsivo, etc.); pero también en su desarrollo se le habría prescrito con certeza un tratamiento paliativo para aliviar las fiebres palúdicas que padecía de manera intermitente, como asegura el eminente cirujano Francisco Xavier Santos¹.

Sin embargo, llama la atención que precisamente lo que ha trascendido sobre el retoño de Felipe II sea un dictamen histórico tan desfavorecedor para él como para su padre; da la impresión de que en la crítica a uno se buscaba la defensa del otro y viceversa, lo que ha repercutido en la imagen de ambos, al calificarse sus hechos y biografías de forma poco objetiva y bastante tendenciosa; se salva de esta generalidad la obra excepcional de Louis-Prosper Gachard, quien en el siglo XIX reubicó la cuestión aportando una perspectiva tan ecuánime como erudita².

Los estudios monográficos realizados por los pocos especialistas de la Edad Moderna que se atrevieron con tema tan espinoso casi siempre centraron el interés por la vida del príncipe en relación con los avatares del reinado de su padre, Felipe II, o bien en concordancia con lo que su existencia influyó en la leyenda negra que envolvió el reinado felipino. El propio acontecimiento luctuoso de la desaparición del príncipe en prisión, donde se encontraba por or-

den del rey, contribuyó a acrecentar el desconcierto que pesaba sobre muchos de sus actos, unos más conocidos que otros, pero todos relevantes para el devenir de la monarquía hispánica. Algunos hechos de dudosa realización, sin embargo, gozaron de verosimilitud retórica, por lo que se fueron repitiendo hasta adquirir notoriedad clásica, dando pábulo a múltiples interpretaciones, de tal modo que la biografía de don Carlos está llena de incógnitas y de dudas, al igual que de alabanzas gratuitas, a las que se oponen críticas y descréditos. El resultado ha sido que se han llenado cientos de páginas con mucha más especulación que historia, aunque todos los autores que han ocupado su tiempo con el príncipe tuvieran la misma pretensión al estudiarle, que no fue otra que poner su vida al alcance de los lectores interesados tanto en la narración histórica como en la literaria³.

No obstante, las biografías que se han realizado sobre un personaje tan interesante como polémico no son numerosas, pues lo que más abunda son los comentarios y referencias colaterales en capítulos de libros que tratan aspectos del reinado de su padre o que directamente tenían por objeto el estudio de Felipe II. De cualquier manera, para todos los historiadores que se han interesado por el príncipe don Carlos, los sucesos que tuvieron lugar durante su vida y de los que fue protagonista suelen admitirse como una parte importante de la historia de España, debido a su proyección, al ser muy divulgados y tener hondo eco en otras disciplinas, como la literatura y la música, dado el trágico destino final del infante.

Tal fue la repercusión que tuvo el infausto desenlace que ya en su misma época pueden hallarse algunos libelos, que se amplificaron en los siglos siguientes, en los que se elucubraba de forma grotesca y exagerada acerca de la muerte del príncipe⁴ y se llegó a decir incluso que esta fue precedida por un proceso inquisitorial abierto a instancias de Fe-

lipo II en el que acusaba a su hijo de traición; algo que parece absurdo, ya que el rey no precisaba de subalternos ni de semejantes artimañas para que se cumpliera su voluntad, si aquella hubiera sido deshacerse de su vástago alevosamente, además de que jamás se ha encontrado referencia documental —directa ni indirecta— sobre el imaginado sumario, ni siquiera de manera secundaria, en forma de alusiones marginales o de cualquier otro tipo, excepto las clásicas relaciones espurias y la hoja suelta citada por Cayetano Manrique en su trabajo *El príncipe don Carlos conforme a los documentos de Simancas* (Madrid, 1867). En este escrito se llega a afirmar que don Carlos fue condenado a muerte en dicho proceso y estrangulado justamente con una cinta de seda puesta en su cuello por las manos de cuatro hombres, y que cuando falleció tenía las venas abiertas y los pies metidos en agua⁵.

Ni que decir tiene que tal escenario está muy lejos de la realidad, aunque no deja de parecer curioso el recurso que utilizó el autor para situar en el cuello del infante una ligera cinta de seda que le causó la muerte al ser sujeta por unas manos, que suponemos diestras, de cuatro esclavos que pretendían asegurar el óbito, el cual obviamente sobrevendría al desangrarse por las venas abiertas y tener los pies sumergidos en un agua que debía de estar —al menos— entre templada y tibia. Como es fácil colegir, la mayor parte de estos escritos apócrifos tienen autoría anónima, aunque en algunos figuren nombres, apellidos y cargos, no siempre auténticos, los cuales proliferaron sobre todo en el devenir del siglo XVII, centuria que se convirtió en una auténtica factoría para este tipo de textos. Por ello, exactamente, Chartier⁶ instaba a depurar y analizar con esmero la genealogía de los manuscritos e impresos que sugerían distintas versiones sobre la prisión y muerte del príncipe de las Españas y que circularon por Europa en alas del éxito al

contar con la anuencia de un público ávido de románticas y suculentas invenciones⁷.

La propia interpretación oficial, generada en el ámbito de la secretaría de Felipe II, y transmitida por los servidores más cercanos del monarca, fue probablemente la que suscitó que casi de inmediato surgieran tantos textos contradictorios⁸, ya que las cartas enviadas por el secretario Zayas hacían hincapié en que no se especulase con la muerte del infante ni se dudase de su versión, que presumía era la única verdadera. Esta circunstancia, ya de por sí sospechosa, aumentó el recelo de los más suspicaces, quienes resaltaban el hecho de que la prisión del príncipe se le había ocultado al pueblo de Madrid y de España, sin que nunca se hubiera explicado que este silencio (sobre un acontecimiento tan extraordinario y penoso) estaba motivado por la recomendación que se le dio al rey con el fin de evitar males mayores, los cuales podrían sobrevenir en forma de escándalo social con el consiguiente descrédito de la Corona. Algo que por otra parte no se pudo evitar, como pudo constatarse en muy poco tiempo, ya que la noticia de la muerte del heredero de la monarquía más poderosa del mundo produjo un tremendo mazazo anímico entre la población y amplificó la desconfianza de los más maliciosos, de donde brotaron las teorías más peregrinas e interesadas.

Este doloroso acontecimiento lo aprovecharon los enemigos de Felipe II, los rivales de los Habsburgo y los contrarios a la monarquía hispánica; de ahí que algunos imputaran al rey la responsabilidad sobre el grave suceso y le hicieran cargar con todas las culpas de las desgracias del príncipe, por lo que puede decirse que la leyenda negra sobre el monarca hispano comenzó en aquel momento, mientras aún estaba vivo, debido a los libelos de Guillermo de Orange, a las relaciones de Antonio Pérez y a los escritos posteriores del protestante italiano Gregorio Leti, pues

todos ellos presentaban al rey español como un fanático religioso, falto de sinceridad y dotado de una gran insensibilidad, con lo que lo convertían en un ser orgulloso, tirano y terrible. En efecto, gran parte de las actitudes personales y características políticas que se le han atribuido tradicionalmente a Felipe II y han sido reiteradas hasta la saciedad están sustentadas en los sucesos que acaecieron en torno al príncipe de las Españas⁹ a partir de la acusación que precisamente formuló el príncipe de Orange, haciendo responsable al rey de la muerte de su hijo con el firme propósito de desprestigiarlo ante las cortes europeas.

El éxito que obtuvieron las interpretaciones legendarias entre la gente popular del ámbito luterano contrasta con el fracaso rotundo que adquirió la versión del rey entre su propio pueblo e incluso ante la historia, pues solo convenció a los escasos destinatarios de sus contadas misivas personales, como fueron el Papa, su tía Catalina de Portugal, quien también era la abuela del niño, el emperador Maximiliano y la emperatriz María (hermana de Felipe II), así como los duques de Alba y del Infantado, el virrey de Navarra y algunos embajadores, como el de Roma y el de Viena. Todos estos entendieron a la perfección tanto las palabras como los silencios del rey, pero hay que tener en cuenta que, debido a su proximidad a la Corona, solo ellos eran los que entonces se hallaban en disposición de deducir las calladas razones del monarca. Estos fueron los únicos a los que Felipe II les comunicó personalmente la prisión de su hijo, sin pormenorizar los motivos que le indujeron a ello, excepto para explicarles que se trataba de un asunto *de la máxima gravedad y rayano en la insensatez*.

La versión oficial la ejemplificó el maestro López de Hoyos, quien el mismo año del óbito de don Carlos dio la primera comunicación oficial acerca de la muerte, junto con las ceremonias que siguieron a su fallecimiento. La redacción de esta *relación* se realizó bajo la atenta vigilancia del confesor del rey —al igual que de su hijo—, el insigne Die-

go de Chaves, ideólogo y apaciguador de la conciencia regia, pues con sus palabras y consejos aliviaba el dolor del monarca, aunque este jamás consiguió reponerse ni sosegar-se del todo por haber tomado la decisión de mandar encerrar al príncipe. Quizá por eso mismo López de Hoyos no entró a explicar cuáles fueron las motivaciones de la reclusión de su alteza, ya que únicamente se limitó a referir las causas inmediatas de la muerte¹⁰.

La poca claridad expresada por el propio Felipe II acerca de por qué enclaustró a su hijo y ordenó ponerlo bajo vigilancia fue una de las razones esgrimidas por sus detractores y lo que al mismo tiempo dio pábulo a la creación de teorías diversas, que unas veces coincidían entre sí y en otras ocasiones se rectificaban. Aunque el rey dio razones, estas no fueron todo lo precisas que podría esperarse, sobre todo sabiendo a posteriori lo que dicha ambigüedad comportó para la fama del monarca y para el prestigio de la monarquía hispánica; sin embargo, habría que entender su actitud, porque, de ser ciertos todos los desórdenes que se le atribuían al vástago, como parece lo más factible, no iba a ser su propio padre el primero en reconocerlos públicamente, ni el más indicado para desvelarlos, poniendo la tragedia de su desventura al descubierto. Por lo tanto, la medida decretada por el rey estuvo encaminada a considerar a su hijo incapaz para gobernar sus reinos, lo que debía interpretarse como respuesta al carácter que se le atribuía a don Carlos y a la vergüenza o temor que experimentaba el monarca en los momentos de enajenación de aquel.

En la correspondencia que Felipe II mantuvo con sus familiares más cercanos y con el papa Pío V daba a entender cuáles eran las auténticas razones que le habían llevado a tomar una decisión tan dolorosa como delicada. No obstante, desde el mismo momento del encierro, surgieron los primeros comentarios que pronto se convirtieron en rumores malintencionados que corrieron como un reguero de pólvora por las cortes europeas. Esta campaña de desinfor-

mación fue alentada convenientemente por agentes al servicio de Francia y auspiciada por los rebeldes flamencos, quienes encontraron en la batalla propagandística una estrategia para obtener el apoyo de la opinión pública a favor de las tesis que atribuían al monarca hispano el origen de todos sus males. Las dudas existentes sobre los motivos que indujeron al rey a adoptar semejante decisión se cernieron entonces sobre su capacidad mental y la actitud que aún mantenía, por lo que fue acusado abiertamente de tiranía y crueldad. En suma, el enigma sobre las verdaderas motivaciones de la reclusión del príncipe fue la causa de que se generalizase el equívoco que dio pie a las múltiples versiones que se divulgaron entonces y que aumentaron con la posterior muerte de don Carlos. De aquellas interpretaciones, la que mayor popularidad obtuvo fue la esgrimida por Guillermo de Orange en su *Apología*¹¹, alegando que Felipe II ordenó por una cuestión de celos la muerte de su esposa y la de su propio hijo para casarse con la prometida de este.

Las múltiples disquisiciones que proporcionaron diferentes interesados sobre las causas de la prisión del príncipe Carlos se referían, por un lado, a las intrigas que el joven heredero supuestamente maquinaba para deshacerse de la tutela paterna e independizarse, quizá en connivencia con algún dominio regio que le podía ser afín, como podría ser alguna de las provincias de los Países Bajos; por otro lado, se alegaba el apoyo que parecía mostrar expresamente a los rebeldes flamencos, a los cuales quería tomar bajo su protección personal, lo que se relacionaba con su pretendida adhesión a la religión protestante; todo lo cual concordaba con un quimérico intento de huir de la prisión. En síntesis, esa sería la razón última que habría llevado al príncipe a solicitar préstamos de cantidades desorbitadas a banqueros y mercaderes a través de intermediarios alemanes e italianos. Este rumor interesado sobre la nueva filiación religiosa de don Carlos tuvo tanto éxito que incluso los diplo-